

# CUIDADO CON LO QUE DESEAS

Blanca Faure



# Capítulo 1

## **CUIDADO CON LO QUE DESEAS**

¡Al fin, la claridad!

Un destello de la primera luz del alba iluminó la fotografía familiar que prendía de la pared, con la única sujeción de una chincheta roñosa. Las esquinas lucían desgastadas, dobladas y los colores cada vez se percibían más apagados hasta casi despintarse. Era lo primero que Pablo contemplaba al abrir los ojos cada mañana, día tras día. Se observó a sí mismo sonriendo feliz y orgulloso sosteniendo a un niño rubio y risueño en el regazo, mientras cobijaba a una preciosa mujer morena embarazada de unos siete meses. Pensó que esa foto entrañaba lo que había anhelado durante toda su vida: Una familia perfecta. “*Ten cuidado con lo que deseas*”, pensó y algo parecido a una lágrima empañó su mirada.

La alarma de su reloj de pulsera le recordó que ya eran las siete menos cuarto de la mañana, los primeros rayos de sol atravesaron los barrotes de la celda número nueve del módulo seis. Había dormido bien, se despertó como un gato viejo y con igual movimiento felino se puso en pie junto a la ventana. Cerró los ojos y permitió que la suave brisa del amanecer le acariciara, la absorbió en bocanadas profundas y lentas, saboreándola, imaginándose en cualquier otro lugar, uno que no fuera ese.

La sirena de la penitenciaría sonó disipando sus pensamientos, eran las siete de la mañana, los reclusos debían asearse y estar listos a las siete y media en el comedor para desayunar. Pablo hizo caso omiso, mientras contaba sistemáticamente las cincuenta flexiones que se obligaba a realizar cada jornada, el culto al cuerpo se había convertido en su única religión. Revivió con inmensa ternura cuando su hijo se acomodaba en su espalda como si se tratara de un caballito, mientras él subía y bajaba el torso del suelo, sintiendo la presión de sus pequeñas piernas colgando y la sonaja de su risa invadiendo sus oídos, no recordaba haber sido nunca tan feliz.

Tomó una ducha rápida y lavó en un cubo su ropa interior que colgó en un tenderete artesanal que atravesaba el minúsculo baño. A través de la megafonía se oyó una voz monótona y fría: “*Recuento, recuento, en pie y visibles al paso del funcionario*”. El recuento se producía cuatro veces al día, cuatro veces en que le acuchillaban despiadadamente al alma, en el que era consciente de la áspera realidad de un día más entre

rejas.

Llegó algo tarde al comedor, tomó su bandeja y guardó fila. Unas galletas, un plátano y un café con leche aguachinado fue todo el desayuno. Siempre que podía se sentaba sólo, lidiaba bien con la soledad. Le costaba comprender por qué su historia causaba tanta curiosidad, por qué recibía cartas de mujeres que le aseguraban que le amaban sin conocerlo de nada. Él no era ningún fracasado, era un tipo muy normal, no tenía nada en común con los demás reos, existía una desdibujada línea entre ser víctima y verdugo.

Esa mañana de abril se disfrutaba un día especialmente bueno lo que le incitó a salir al patio. Corrió en repetidos círculos de ciento treinta metros, esquivando presos y proyectando en los muros grises de cemento paisajes verdes maravillosos, cascadas de agua paradisiacas que ocultaban por completo las alambradas. Tras una hora de carrera se secó el sudor con la toalla y se sentó en un rincón en el suelo. El sol cegaba sus ojos, se protegió con su mano izquierda a modo de visera. Con las endorfinas activadas, por unos instantes sintió algo parecido a la felicidad, pero no lo era, la felicidad era otra cosa.

No supo por qué, retazos de su infancia se amontonaron en su mente. Pudo observar a ese niño gordito y marginado que jamás se enfurecía y que no encajaba en ninguna parte. Hubiera sido carne de cañón, si no fuera porque sus padres se preocuparon para que su personalidad se desarrollara sin ninguna complicación. Un preso se le acercó a pedirle tabaco y él le invitó con la mirada a irse, odiaba cuando alguien se interponía entre él y sus pensamientos.

*"Todos los reclusos deben iniciar sus actividades, todos los reclusos deben iniciar sus actividades"*, la megafonía ordenaba de forma despótica todas las horas del día. Los reclusos corrieron a los talleres y cuando el patio se quedó vacío, se vio a sí mismo como un niño pequeño, solo en el patio del colegio y sintió de nuevo esa molesta sensación infantil de fragilidad que tanto le inquietaba.

Se distrajo en el taller de carpintería, estaba muy ilusionado construyendo un caballito de madera para su hijo. Tenía que lijar un poco algunas terminaciones y ya sólo quedaba pintarlo. En ocasiones, se perdía en la ensoñación de ver a Alex cabalgando sobre el caballito con esa sonrisa de felicidad tan suya que le arrebatava el alma. Un chico muy joven, con la dentadura taladrada por la droga y encorvado como un viejo remataba un sonajero prendiendo unos cascabeles a un trozo de madera. *"Voy a tener un hijo ¿sabes?"* y Pablo le respondió con un amago de sonrisa.

Cuando la megafonía pregonó la esperanza del correo, la alegría se vislumbró en su rostro. Las noticias del exterior eran para él como lluvia

fresca en una tarde asfixiante de verano. Se sentía afortunado, recibía cartas casi todos los días, las leía en la intimidad de su celda en un ritual que lo hacía auténticamente libre. Así que después de comer se tumbó en la cama y se dispuso a leer la carta de su madre: "Querido hijo..., tu mami que te quiere..." esas precisas palabras le sostenían en la cárcel, le hacían sentir un ser humano digno.

A las ocho cenaban, únicamente soportaba la presencia de Antonio, quizás porque apenas hablaba. Había oído que su historia era escabrosa, violenta, difícil de digerir. Pero Pablo no se atrevía a juzgarlo, a veces las cosas pasan y no hay vuelta atrás. Él no era como Antonio, tenía sentimientos, era capaz de amar, no era ningún animal de instintos primarios, había podido formar una familia, y por un tiempo pudo ser feliz ¡Ojala pudiera retomar su vida otra vez!

Pablo rememoró cómo conoció a Bárbara por internet, otros intentos para relacionarse con mujeres en bares o discotecas, no salieron demasiado bien. Su desgarrada figura no era su mejor carta de presentación y su enfermiza timidez no ayudaba demasiado. Detrás de una pantalla podía ser quien quería ser, podía fantasear, escudarse. Recordó el "subidón" al ver su fotografía en la red ¡Cómo una mujer así había podido fijarse en él! Sólo tuvo que seguirla, dejarse llevar. Al fin había un hueco para él en algún lugar y suspiró recordando el alivio y la paz que le proporcionó esa sensación, aunque no durara mucho tiempo.

Después de cenar los presos regresaron a las celdas, volvió a contemplar la fotografía, besó a su hijo y el vientre de su esposa, como siempre que regresaba ¡Los echaba tanto de menos! Los funcionarios se apresuraron a cerrar y hacer de nuevo el humillante recuento. Tomó otra ducha, enjabonándose a conciencia bajo una lluvia de agua caliente, era el placer carcelario que más disfrutaba. Se puso cómodo y empezó a escribir bajo la luz del flexo como cada noche, mientras sonaba de fondo en la radio los nocturnos de Chopin. Dejó abierta la ventana de par en par, a través de los barrotes se colaba el frescor de la noche y los sonidos de una cárcel que se resistía a dormir.

Escribir le liberaba, pero no siempre podía ordenar sus pensamientos ¡Demasiadas imágenes superpuestas! Su vida con Bárbara fue como montar en un tren de alta velocidad, desde sus ventanillas el mundo los contemplaba y los juzgaba. Se vio a sí mismo el día de su boda bailando, luciendo un traje oscuro y exhibiendo una sonrisa que no sabía que tenía. Imágenes de un padre de familia perfecto, imágenes románticas con su mujer en la playa, imágenes ejemplares de cenas familiares en Navidad. Era todo lo que había soñado, todo, pero sólo eran imágenes, fotografías inconexas que el mundo interpretaba perfectas, el gran escaparate de la felicidad, que su mujer se empeñaba obsesivamente en subir a Facebook

y a Instagram.

Empezó a desasosegarse, así que se tumbó en la cama, puso el flexo de pinza en la cabecera y recostado con la almohada doblada intentó evadirse siguiendo con la lectura de "*La Montaña Mágica*" de Thomas Mann. Le había atrapado esta novela, encontró ciertos paralelismos entre la vida en un sanatorio y la de la cárcel, al fin y al cabo en ambos lugares se persigue la regeneración humana. Cuando se le cerraron los ojos quiso abandonarse al sueño y apagó la luz.

Pero esa noche era luna llena y alumbraba plenamente la fotografía de la pared "¡Buenas noches Alex! ¡Buenas noches Bárbara! Sus ojos se iluminaron al pensar como añoraba la manera en que su mujer le acariciaba el pelo antes de dormir, acurrucándose a su lado.

Comenzó a ponerse nervioso, la fotografía lucía intensamente casi con luz propia. Cerró los ojos pero en cuanto los abrió, allí estaba su familia mirándole fijamente, inquiriendo preguntas. Después de dar varias vueltas en su camastro, se sentó y asumió que esa noche no iba a poder dormir, los recuerdos ya le habían invadido y eran poderosos, demasiado poderosos. Esa iba a ser otra de sus temidas noches del horror.

Cuando se abría la caja de Pandora de su pasado, las imágenes que se cruzaban en su cerebro ya no eran tan dulces. Recordó las peleas por el dinero, el embargo de la casa, Bárbara en paro. Se habían perdido ya el respeto, todo eran órdenes, reproches, "*ponte bien en la foto*", "*sonríe*", "*que no nos oigan los vecinos reñir*". Su vida debía seguir siendo una telenovela perfecta ¿No era lo que él siempre había soñado? ¡Ten cuidado con lo que deseas!

Bárbara se empeñó en tener otro hijo ¿A qué puta demente se le ocurre quedarse embarazada cuando están a punto de embargarte la casa? ¿En qué mundo de fantasía vivía? ¿Cómo iban a salir de ésta? Empezó a enfurecerse, a asfixiarse por la realidad. Era verdad eso de que cuando la pobreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana.

Los ronquidos de la celda de enfrente lo atrajeron como un imán a la realidad carcelaria e intentó aferrarse a ese sonido como a un salvavidas para zafarse de la tortura de sus pensamientos. No quería bucear más en ellos, le aterraba lo que venía después. Encendió un pitillo junto a la ventana, e intentó calmarse, quizás si se concentraba, la tormenta mental se disiparía y podría dormir. Pero sus recuerdos eran ogros despiadados que no tardaron en atraerle con una poderosa fuerza centrífuga.

Evocó la liberadora sensación que experimentó al volver a casa y encontrarla vacía cuando Bárbara y Alex estaban pasando quince días con los abuelos. El no tener ataduras, el romper anclas, le permitió respirar de

nuevo.

Su despiadada memoria trajo a Carol, ignoraba el color de sus ojos pero en ese momento fue su tabla de salvación. Ella le escuchaba, tenía en cuenta sus opiniones, le mostraba respeto y no le obligaba a hacerse fotos absurdas, ¡Fueron dos semanas fantásticas! Quizás dejar a su familia no era la solución, quizás simplemente tenían que hablar, quizás nunca debió cruzarse Carol mostrándole la puerta de salida.

La luna brillaba aumentando paulatinamente su intensidad al mismo tiempo que su inquietud. Encendió un segundo pitillo y se puso los auriculares para dejar de escuchar los gritos de su mente, pero su voz interior cada vez era más potente, arrasaba, quemaba.

Cuando su mujer y Alex regresaron ese fin de semana de su visita a los abuelos, pensó en cuánto les quería y que esa pequeña aventura tenía que acabar. Pero algo extraño le poseyó cuando Bárbara comenzó a hacer esas estúpidas fotos de reconciliación y volvió a sentirse atrapado en su jaula de cristal. Se sorprendió a sí mismo chillando: *¡Esto es mentira, la vida no es así!* Tiró el teléfono al suelo y lo rompió *¡ya basta! ¡No soy un mono de circo, no quiero que te inventes mi vida más!* Estaba fuera de control, una fuerza extraña lo endemoniaba. Cogió el atizador de la chimenea y fue tras ella con la furia de un león, pero fatalmente el niño se cruzó por el medio.

*"¡No lo hagas papi, no!"* La cabeza de Alex empezó a sangrar tintando mortalmente la alfombra de color crudo del salón, fue quizás un accidente, no lo recordaba bien, no era él. Recogió a su niño inerte y mirando a su mujer a los ojos nunca sintió tanto odio por alguien, se abalanzó sobre ella estrangulándola sin compasión mientras repetía una y otra vez fuera de sí : *"¿No querías una familia perfecta? ¿No querías una familia perfecta?"* En un acto incomprensible y absurdo, grabó la macabra escena con el móvil y lo subió a su cuenta de Instagram, como siempre hacían después de una reunión familiar *¡Esta es mi puta familia perfecta!*

*"¡No lo hagas papi, no!"* Era la taladrante voz interior con la que se despertaba, con la que se dormía. Esa era su verdadera condena, la insufrible cadena perpetua que le encarcelaba a la vida. No tardó en gritar, en golpear las paredes hasta sangrar sus puños, en arrojar objetos sobre la puerta que le recordaba día tras día que era un ser miserable. Su furia se desató dentro de la celda al igual que aquel fatídico día. Los alaridos despertaron a todo el módulo nueve y los funcionarios entraron en su celda reduciéndolo con las porras mientras el enfermero le inyectaba un potente calmante como siempre que padecía esas crisis. Un telón negro como el alquitrán puso fin al insoportable dolor de esa noche

y pudo al fin dormir.

Al día siguiente, un destello de la primera luz del alba iluminó la fotografía familiar que prendía de la pared con la única sujeción de una chincheta roñosa. Las esquinas lucían desgastadas, dobladas y los colores cada vez se percibían más apagados hasta casi despintarse. Era lo primero que Pablo contemplaba al abrir los ojos cada mañana desde.....

¡ Hacía cinco años, tres semanas y dos días!